

## ***Güin y ullavá o la zorra, candilazo***

*Por Juan Sierra Pando*

“Güin” es una interjección pasiega que no significa nada y lo expresa todo y “ullavá” es otra interjección de los luenenses, no tan lacónica ni más significativa que la de los pasiegos, pero sí tan expresiva como aquélla.

**H**UBO en Torrelavega, en la llamada calle de los Pasiegos, esto es, en el trozo de la de Consolación comprendido entre la plazuela del Sol y fuente de los Cuatro Caños, un tendero marrajo y truchimán como él solo, al que llamaban el “Remellao”, aunque era tuerto, y bien tuerto, de condición, y del derecho. Fue lo del ojo (la mella), si no mienten las crónicas y no mentía él al referirlo a los amigos, el último obsequio de los carabineros, cucando allá, en sus mocedades pasando trancos y saltando barrancos,

anduvo cucándolos y cucando al arancel, por cuenta de “ti Nele” “el Cervellán”, y riesgo propio, por las fronteras pirenaicas y por las montañas limítrofes de Vizcaya, según se tratara de tejidos u otras manufacturas extranjeras o del pecaminoso tabaco.

Un mal día, en la “Llaná grande”, bajando de las “Agujas” cancia Rucabao, atopáronse guardias y metedores, perdiendo el “Cervellán” en la refriega diez y ocho de las cuarenta cargas que sus “criados” traían; y de éstos, unos un brazo, otros una pierna, alguno la vida y el “Remellao” el ojo derecho y la afición al arriesgado oficio.

Por esto, y porque el arte del alijo progresó, como progresa todo, y al progresar se transformó, y al transformarse trasladó el campo de operaciones de los riscos fronterizos a los muelles de los puertos y a los andenes de los ferrocarriles, cambiando radicalmente de agentes y substituyendo el “palanco” del saltador por útiles más suaves productores de cataratas intermitentes, el “Remellao” se dejó de aquellas andanzas y haciendo el último viaje a la banda de allá del Bidasoa, cargó por su cuenta el cuévano y se dedicó a llevar los beneficios del comercio a las aldeas y lugares que, por hallarse alejados de las grandes vías, no disfrutaban de ellos.

Prosperó el negocio tanto que, si los brazales del cuévano se hubieran convertido en limoneras y a aquél le hubieran nacido espontáneamente ruedas, al año, a poco más de empezar sus correrías, encontróse nuestro hombre dueño de un hermoso carro, arrastrado por un corpulento macho y operando en las grandes ferias y mercados de toda la provincia, sin por eso abandonar por completo su primitiva “vecería”.

Corrieron los tiempos y corrió él todos los caminos y camberas de la comarca; casóse, tuvo hijos y al fin de tanto rodar, se atascó el carro, que se convirtió en una tienda fija, sita en la susodicha calle de los “Pasiegos”, de la susodicha ciudad, villa a la sazón de Torrelavega.



No privaba, cuando él se estableció el anuncio a todo trapo y para de donde diere; verdad es que aunque privara, ni había en la localidad periódicos que explotaran la industria del reclamo ni, caso de haberlos, era el tuerto, digo el “Remellao”, hombre para dar un cuarto al pregonero; pero no conforme tampoco con el viejo refrán de que “el buen paño en el arca se vende”, no sólo colgaba los heterogéneos artículos que constituían su comercio, de perchas, clavos y varales, hasta cubrir toda la fachada de la tienda, sino que salía él al arroyo, para atajar el paso a los transeúntes, ofreciéndoles sus mercancías, acosándoles en muchos casos, hasta las fronteras calles de la Estrella y de Julián Ceballos. No hay para qué decir que la mayoría, bien porque conocieran y supieran lo que podía dar de sí “y de lo suyo”, bien porque adivinaban el anzuelo tras de la carnada, bien porque ni la necesidad de comprar los apremiara, ni el cebo de la mercancía, ni la elocuencia del mercader los sedujera, pasaban de largo; pero nunca faltaba algún primo que picara y, eso sí, el infeliz que caía, pagaba por el resto de la familia.

Entre, los que dejaban allí los dientes cuando no hasta las quijadas, figuró mucho tiempo un asendereado ganadero, de los que andan por esas ferias de los diaños, comprando lo que encuentran, para revenderlo dónde y cómo puedan, casi paisano del truchimán, pues el uno era de Guzparras, en la Vega de Pas y el otro de Resconorio, del Valle de Luena, de quien, por el aquel del paisanaje, y por que según aseguraba, había “corrido el tabaco” durante “los buenos tiempos”, con el su difunto padre, y por otras cuantas razones de igual peso, cada vez que, de retorno a los mercados de Asturias, le atrapaba a su paso por frente al famoso café de Velarde, había hecho su víctima predilecta.

—¿No vas a comprame na, paisanucu?

—De na nesecito por la presente, ti Carpiu, contestaba el luenés.

–¡Güin! ¿Qué me dices hombre? ¿Ni un rufaju pa tu madri, ni un lásticu de Bayona o una faja pa tí, ni una boina o unas alparagatas pa los mozucos? Vamos, hombri que preporción y comenencia como conmigo no has dealcontrala en dengún otro lau.

–Dígoli, ti Carpiu, que lu que es por ahora de na nesecito y cuandi que li digo que no lo nesecito, es por qui de verdá de vardá que no lo nesecito.

–No se diga Tista, que hasta mentira paez, que siendo cuasi del mesmu pueblo, como aquel que diz, que semos yo y tú y tan amigos como fuimos yo y el tu padri, que juntus corrimus el tabacu de “criaus del ti Cervellán”, que entavía vive y no me dejará mentir, dejis en otru lao las ganancias; tanti más cuandi que naide, y eso te lo juro por estas, que son cruces, ha de date el género tan acomodau como yo.

Más con su pesadez que con estos argumentos conseguía el “Remellao” atraer al ganadero a su guarida, y una vez allí, jalando cada cual de lo suyo, pero apelando siempre el tendero al recurso de taparse el ojo sano y atribuir a la “escuridad” y a su falta de vista el mal negocio, acababan por entenderse, pagando el trashumante cuatro o seis por lo que malas penas valía dos o medio.

Eso sí, nunca faltó al ganadero, como consuelo de tripas y señoelo para nuevos espolios, la promesa formal del comerciante de “comprale daque día” una buena vaca lechera, pidiéndole, por supuesto, para cuando el caso llegase que le tratara con el mismo aquel y la misma parcialidad con que él le había tratado.

–¡Ullavá!, contestaba invariablemente el feriante; lo cual, tratándose de un vecino de Resconorio, era bastante significativo para hacer abrir el ojo incólume y los de la inteligencia al de Guzparras; pero éste, aunque emplea el ¡güin! a troche y moche, ni más ni menos que cuando vivía a orillas del Pandilla, se había, al parecer, olvidado por completo de los usos y costumbres de los ribereños del Luena.

Pasaron días y pasaron meses y fueron viajes y volvieron viajes: el de Resconorio comprando blusas o moqueros o bombachos de Mahón y el de Guzparras cobrándole siempre “de menos”, parte por la ley que le tenía, como vecino y como hijo de su compañero de saltos y fatigas y parte por culpa del condenado ojo enfermo, y sin que acabara nunca de llenarle el sano ninguna de las vacas que de Nueva o de Colombres o de Pendueles y hasta de las mismas montañas del concejo de Caso, le ofreciera el otro.

Así las cosas, llegó el anochecer de un día de esos negros que hay en la vida de todo negociante, y hasta en la de los que no negociamos, durante el que el “Remellao” no había podido meter ni un cuarto roñoso en el cajón. Estaba obscuro y olía a queso; lo primero, porque el tiempo era invernizo y montañés, y lo segundo, porque acababa de pasar la tropa de pasiegas, que dobladas bajo el peso de sus cuévanos, llevaban el sabroso producto lácteo, procedente del mercado de Selaya, a Reocín, Golbaro, Cerrazo, Comillas, Cabezón y los valles altos. El tendero estaba al husmo, como de costumbre, y aún más impaciente que lo acostumbrado, por la razón apuntada, en la esquina de la calle, cuando conduciendo una piara de ganado acertó a pasar por allí su paisano.

—Ascucha, Tista —atajóle el “Remellao”—. ¿Ande vas tan de prisa, hombri, que ni te aparas tan siquiera a habla con los amigos?

—Lo qui es por hoy, ”ti Carpiu”, tien de perdoname, respondió el otro; pero no puedo aparame ni un minuto. Llevo aquí una vaca geda de pocos días, que la arresciendí la lechi, y quieo allegarmi en ca ti Santiago, pa ver de ordeñala cuanti más antis, porqui témomi que la de el mal.

—No será pa tantu, hombri; alguárdate tan siquiera un momentucu pa que la vea.

—Qui no pueo aguardame “ti Carpiu”. Qui no pueo aguardame; se lo juro por la salú de la parienta, que en gloria esté. Otro día será, pero lo qui es tocanti a hoy, tien que desimulami, porqui

se trata de una vaca de encargo, pa un señorón de lo más pudiente de Santander, y lo que es que si se me malogra, échame a pedir pa senfinito.

–Pero, ven acá, descastau, y así una mala centella te abrasi. ¿Conque quie icise que te estoy yo encomendandu, dendi no se cuanti tiempu, que me proporcionis una güena pa mi casa, y agora me salis con la toná de que la trais pa esos señorones que dices, que puei ser, así Dios me perdoni el mal pensar, que ni te la paguin tan siquiera?

–Pero, “ti Carpiu”, si es que a usted denguna le satisface.

–¡Porqui no me la trais güenas! güin, porqui no me la trais güenas; pero ven aquí, arrastrau, que mentira paez la ley y güena voluntá que nos tuvimos yo y el tu padre y hasta la manera de comportami que contigo siempre he tuvío. ¿Porque no me das esa?

–¡Hombri, si lo toma así!

–¿Y cómo, ¡güin!, quieris que lo tomi?

–Güeno, hombri, güeno; no se arremonti, que too tien remediú en este mundo menos la muerti. ¿Quie icise qui quedaré yo como un lichón con esi señor, o más propiamente, con ti Valentín, el de Candolias, que jue el qui me encomendó el encargu?

Ahí tien la vaca; pero debo alvertirle pa su conocencia y lo que sea, que menos de sesenta duros que mi costó en el mesmu Caso no se la lleva naide.

–¡Arre allá, baldiú! ¿Tan olvidao te se haz que tengo lo qui es y lo qui vale el ganao? ¡Vamos hombri!

A tientas, porque no le permitía otra cosa la obscuridad, apreció el “ti Carpiu” las condiciones de la vaca, chicuca, como todas las de su casta, de cabeza pequeña y chata, cuernos cortos, vientre caído, anchas caderas y repleta ubre, de lo que no cabía dudar, porque efectivamente rezumábale la leche, lo que al simple tacto se notaba; a su lado triscaba alegremente un “bellu”, de pocos días, a juzgar por el tamaño, y al que, por más esfuerzos que

hizo el “Remellao”, no pudo arrimar a la ubre materna, lo que probaba, bien a las claras que estaba no sólo satisfecho, sino harto.

Tras larga discusión, de que prescindiremos, y en la que intervino toda la familia del comprador llamada por éste, cerróse el trato con todas las de la ley, “robla” inclusive, que se consumió en la próxima taberna del tío Agustín, y procesionalmente fue llevada la vaca, a la que seguía el choto, siempre alegre y saltarín, a la cuadra que antaño sirviera para el macho del carro. Se pidió prestada una zapita grande a una paisana vecina, y en presencia también de toda la familia, se procedió al primer ordeño.

¡Virgen santa la de Valbanuz! ¡Aquello no era una vaca; era una fuente! De cada cillá daba media ración y entre todas rebasaron con mucho, de las tres azumbres. De modo y manera que el cebado jatu resultaba eso.

Aquella noche se pusieron de leche hasta tocarla con los dedos y todos, desde el “Remellao” hasta el último de los mozucos, soñaron después de dormir, como la lechera del cuento.

Pero cuando a la mañana siguiente volvió la hija mayor, que va con zapita propia, había ido a la ordeña, con la jarra poco menos que vacía, la extrañeza, por no decir el desencanto sobrepujó el júbilo de la víspera.

—¿Es que no apuya u es que no atinas a ordeñala?, preguntó el padre.

—Es —contestó la hija— qui no tien na entri las patas, qui está estil del too y a más flaca y espelució y hecha una miseria; y en cuanti al jatu, allá está too azurronau, mediu muerto, con una temblera que espanta, tan escripin de arestin, que lástima de Dios da el mirali, y me paez, me paez, que hasta agomitau, porqui agüeli allí que apesta.

Y así era la verdad. La vaca, nojal y útil sólo para cecina, no había sido ordeñada en los tres últimos días, durante los que comió nabo a todo pasto y se la hizo beber hasta el empanderao; y en



cuanto al choto, que no era de ella, al pasar por casa de “Quico” el de la “Buenavista” se le echó por el gañote abajo, con la ayuda de un embudo, media azumbre de vino blanco, gracias a la que se presentó tan alegre y campechano.

Claro está que el de Luena no volvió a comprar nada al amigo de su padre.

El “Remellao”, al verle pasar, silbaba un ¡güin! que quería decir:

–¡No, lo qui es! ¡Como yo te agarri, mala centella me abrasi si ni tu, ni la cabra qui ha de golvé a parite vos riis de mi, porqui te espiazu!

A lo que el de Resconorio, como si le oyera, contestaba arreando a la piara:

–¡Ullavá!, o lo que es lo mismo: hay que desengañasi, “ti Carpiu”, más paga la zorra en un día que haz en un año; y sobre too, que pa vender rufajos o blusas o moqueros, y engañar a daque en-feliz, puei hacerse a escuras con un oju sólu y si a mano vien, esi tapau; pero que pa comprar vacas hay que hacelo de día, con los dos y... mu abiertos!

“El Cantábrico”, 10 de julio de 1915